



## Una historia particular

**L**a historia es simple. El 28 de noviembre de 1993, el entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, "destapa" como candidato presidencial al entonces secretario de Desarrollo Social, Luis Donaldo Colosio. Es otro México: el Presidente puede designar a su sucesor.

Un contendiente de la sucesión, Manuel Camacho Solís, regente de la Ciudad de México, no acepta el veredicto ni saluda públicamente el triunfo de su adversario. El presidente Salinas lo destituye como regente de la ciudad, clave en las elecciones que vendrán, pero lo invita a ser secretario de Relaciones Exteriores.

El 1 de enero de 1994 estalla la rebelión chiapaneca. Camacho Solís se ofrece como mediador en el conflicto.

El Presidente acepta pese a las implicaciones políticas de su decisión. Nada hay tan visible en esos momentos en el país como el conflicto de Chiapas, cuya presencia en los medios supera ampliamente a la de los candidatos en campaña.

El comisionado Camacho hace su tarea: sienta a los alzados a negociar. Su figura crece. Se instala en la prensa y en los actores políticos, empezando por el candidato Colosio y por el comisionado Camacho, la sospecha de que el presidente Salinas podría estar pensando en cambiar al candidato presidencial del PRI. La posibilidad del cambio se apode-

ra de la especulación pública, enferma de presidencialismo.

El comisionado Camacho tiene la tentación de lanzar su candidatura a la Presidencia, aprovechando la ola de opinión pública a su favor. El presidente Salinas lo induce a decir que no se postulará.

El 22 de marzo, luego de tres meses de tensión y suspicacia en el campamento del candidato Colosio, el comisionado Camacho se define: renuncia públicamente a postularse como candidato.

El candidato Colosio está contento. El presidente Salinas también. El comisionado Camacho cree haber hecho lo mejor para sí mismo y para el país. El problema en la cúpula, al parecer, está resuelto.

Al día siguiente, el primero despejado de su campaña, el candidato Colosio es muerto en un mitin de un tiro en la cabeza. Lo mata un disparador solitario en cuya responsabilidad exclusiva nadie cree.

Esa es la piedra de toque en todo acercamiento a la tragedia de Colosio: ¿estamos frente a un drama loco de la vida real: el increíble caso de un asesino solitario? ¿O estamos frente a un crimen de Estado, urdido desde las alturas del poder?

El Comisionado y el Presidente quedan bajo sospecha. Se instala en la opinión pública la certeza, incommovible hasta hoy, de un crimen de Estado. ■■

[acamin@mlenio.com](mailto:acamin@mlenio.com)

